

una breve recorrida histórica, desde el gran historiador judío Jules Isaac y la *Nostra Aetate*, pasando por tantos encuentros y desencuentros, hasta algunos gestos de diálogo de Juan Pablo II. Desde las ruinas y la “memoria calcinada” que significa Auschwitz, se levantaron “como en voz baja” (242) los grandes hacedores del futuro del diálogo. Hoy es preciso reinventar sus caminos.

Bajo el título “*Judíos y Cristianos ¿qué deben esperar de su encuentro*”, Lustiger nos propone una sugestiva y brillante reflexión para el camino del diálogo. Desde las mutuas representaciones simbólicas que judíos y cristianos nos hacemos, cada uno de nosotros proyecta sobre el otro sus propios esquemas de pensamiento y sus formas de vida. Esto hace que desconozcamos al interlocutor que tenemos delante. Sólo captando “el patrimonio simbólico que nos une y nos divide” (252) podremos conocer la verdadera naturaleza de nuestros conflictos, sin teñirla de prejuicios y temores infundados. El rechazo a lo diferente generó el antisemitismo. La comprensión y la aceptación de la historia, sensibilidad y aspiraciones del otro, puede llevarnos a un camino –que sin ser uniforme sea en común– a favor de la vida, la paz y la justicia.

Ante el Comité Judío Norteamericano, nuestro autor se plantea

qué elementos comunes justifican el encuentro entre judíos y cristianos que, sin amenazar las originalidades propias de cada identidad, les permita vivir mejor su misión y aportar a la vida del conjunto de los hombres, en este tiempo en que “todo está en ebullición” (265). Alejando la tentación judía de encerrarse en su particularismo, y la tentación cristiana de crear nuevos particularismos, asumiendo la tensión del diálogo entre distintos, pueden ofrecer a la humanidad su común perspectiva ética de lo político. “¿No somos acaso, los judíos y los cristianos, juntos, responsables de esta razón política ante el conjunto de la humanidad?” (268)

A lo largo de las páginas de esta obra se puede presenciar el camino de progresiva maduración que el autor ha recorrido en su pensamiento. Las conferencias de 1995 y 2002 dejan ver grandes avances en sus afirmaciones con respecto a aquellas meditaciones de 1979. Entre ellos, el binomio promesa-cumplimiento, utilizado en las meditaciones, es abandonado en las conferencias. También desaparecen otras expresiones utilizadas para referirse a Cristo, como “el verdadero Israel” (57), o para la Iglesia como el “pueblo de la Nueva Alianza” (135).

Al leer “La Promesa”, el lector puede ser testigo, tanto en la ame-

nidad de la meditación como en la formalidad de las conferencias, del amor de Lustiger por el pueblo judío –del que se sabe parte– como de su trabajo incansable por el diálogo entre judíos y cristianos. También podrá dejarse contagiar de su fascinación por este tan buscado encuentro, que siempre será encuentro en tensión.

ANDREA HOJMAN

---

ENCICLOPEDIA DEI PAPI, Roma, *Istituto della Enciclopedia Italiana Treccani*, 3v., 746 pp., 717 pp. y 741 pp.

---

La destacada editorial Treccani, altamente conocida y respetada en el ámbito de la publicación de enciclopedias, ha llevado adelante y publicado esta excelente y utilísima Enciclopedia de los Papas en tres voluminosos tomos, que abarcan la nómina completa de Obispos de Roma.

Esta obra ha sido dirigida por los mayores exponentes italianos de Historia de la Iglesia, como son Manlio Simonetti –para la Antigüedad–, Girolamo Arnaldi –para el Medioevo–, Mario Caravale –para la Modernidad– y el jesuita Giacomo Martina para los tiempos con-

temporáneos. La coordinación general de la obra estuvo a cargo de Antonio Menniti Ippolito. Estuvieron secundados en su tarea por un importante equipo de redacción y varios consultores científicos, que dan muestra del nivel del resultado.

La obra fue planificada en ocasión del *Duemile*, como homenaje al aniversario fundacional del Instituto y como complemento de los anteriores diccionarios enciclopédicos emprendidos por Treccani (de ciencia, de arte, de literatura, del cuerpo, dantesca, virgiliana, horaciana, etc).

Como señala el Cardenal Poupard, presidente del Pontificio Consejo de la Cultura –en el prólogo– la vida de los sucesivos Papas permite una visión completa y múltiple de la historia de la Iglesia y de aquellos que tuvieron a su cargo la delicada –y difícil– elección para dirigir sus pasos en esta tierra, a partir de la selección del apóstol Pedro por el propio Jesús, mostrándonos como la Iglesia –a partir de su fundación– estuvo presente en los acontecimientos más importantes de la historia de la humanidad. Por otra parte, señala, como una enciclopedia de los papas, permite una nueva forma de acceso a este papel, aportando las nuevas investigaciones en cada uno de los momentos de esta bimilenaria historia

La obra –presentada en tres tomos– está estructurada en cuatro partes, que coinciden con la tradicional –y perimida– división epocal de la historia occidental y comienza con una breve –pero erudita– síntesis histórica del Papado de ese período, debida a los especialistas mencionados

A partir de la pág. 173 del primer volumen se analiza cronológicamente el Papado de cada uno de los Pontífices romanos, comenzando por san Pedro, al que se dedican diez páginas del tamaño oficio de la enciclopedia. Cada asiento –además del nombre de su redactor– contiene una referencia a las fuentes empleadas, completada con una detallada y actualizada nómina bibliográfica de libros y artículos, de consulta imprescindible.

El tomo II abarca los papados de san Nicolás I (858) hasta Sixto IV (1471/1484). Casi cada uno de ellos merecería una especial referencia, aunque solamente señalemos que la calidad y cantidad de la información incluida no disminuye en ningún caso.

Cabe observar que el *Liber Pontificalis* es una de las fuentes “primarias” más empleadas, mientras que la clásica y monumental Historia de Ludwig von Pastor sigue siendo el texto básico del desarrollo histórico-cronológico.

En cuanto al tomo III se inicia con Inocencio VIII (1484/1492), a

quién le sucede el tristemente –y quizás injustamente célebre Alejandro VI Borgia y concluye con el Papado felizmente reinante del polaco Juan Pablo II, uno de los más extensos de la historia, redactado por Massimo Bray.

Obviamente resultaría imposible un análisis detallado de la minuciosa información sobre cada uno de los clérigos que ocuparon la sede petrina, pero –a manera de ejemplo– citemos alguna información del asiento referido al Papado del recientemente beatificado Juan XXIII, contemporáneo a muchos de nosotros. Su redactor Francesco Traniello comienza señalando que “Angelo Giuseppe Roncalli nació en Sotto il Monte (Bergamo) el 25 de noviembre de 1881. El cuarto hijo de Giovanni Battista y de Marianna Mazzola, que después tuvieron otros nueve hijos...” Con la ayuda, incluso económica, del párroco F. Rebuzzini –a cuya muerte acaecida en 1898 recibió como recuerdo la *Imitación de Cristo*, fuente central de la espiritualidad de Roncalli– en 1892 entró en el curso del gimnasio del Seminario de Bergamo, durante el obispado de G. Giundani, y vistió el hábito clerical en 1895, año del inicio de sus “notas espirituales”, tituladas más tarde, en 1902, *El diario del alma*. En 1900 fue enviado, con una beca, al Pontificio Se-

minario Romano Apollinario para continuar los estudios teológicos, convocado en 1901 y 1902 por el servicio militar a Bergamo. En el Seminario romano tuvo por maestros entre otros a U. Benigni y C. Salotti, y como compañero, por un breve período, a E. Buonaiuti. En la iglesia de Santa Maria in Monte Santo fue ordenado sacerdote el 10 de agosto de 1904. En 1902 asumió su dirección espiritual el sacerdote redentorista F. Pitocchi, quien le permitió afrontar con serenidad de ánimo los primeros fermentos del modernismo, definido más tarde, con implícita referencia autobiográfica, *una tentación para todos*. Roncalli no permaneció insensible ante los problemas surgidos de las nuevas tendencias críticas, pero entendiéndolo no “aceptar proposiciones, que deformaran ni un ápice el sentir ortodoxo de la Iglesia” (*Diario de un alma*, 1903, p. 311), en un espíritu de completa obediencia. El 13 de julio de 1904 se graduó en teología, inscribiéndose de inmediato al curso de derecho del Apollinario; pero antes de concluirlo fue llamado a Bergamo, en 1905, en calidad de secretario del nuevo obispo G. Radini Tedeschi” (p. 646)... Tres páginas más tarde, después de exponer que ya Patriarca de Venecia fue elegido Papa el 28 de octubre de 1958, adoptando el nombre de Juan XXIII (dan-

do implícitamente por cierta la discutida ilegitimidad de aquel Juan XXIII, elevado al solio pontificio en 1410– Cf. t. II, p.614/19) el redactor agrega: “La elección, realizada en un momento crítico para la Iglesia católica (al término del dramático pontificado del Papa Pacelli atravesaba múltiples fermentos teológicos y disciplinarios duramente contrastantes entre los ambientes curiales y los episcopados más tradicionalistas) y para el orden internacional (sobre el que pesaban los trágicos acontecimientos de 1956, que habían sido seguidos por el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y los primeros signos de la distensión), tomó de sorpresa a Roncalli, preparado para terminar sus días en Venecia. En razón de la edad del elegido, que había cumplido setenta y siete años, de su perfil pastoral, de no conocerse definiciones afines a los esquemas corrientes y de su variada carrera eclesiástica, la elección del cónclave, sobre cuya elección pesó el nombre de un gran ausente, el arzobispo de Milán G. B. Montini no distinguido con la púrpura cardenalicia, fue universalmente interpretada bajo el signo de la mediación entre las diversas tendencias cardenalcias y la transitoriedad. En contra de ello el de G. se reveló un pontificado de excepcio-

nal relieve histórico, aunque se interpretara de maneras diversas y contrastantes” (p. 650).

“Pero la decisión más significativa, que debía conferirle un sentido inesperado a su pontificado, debida a su iniciativa personal y reivindicada por él mismo como acto preeminente de su propia jurisdicción, fue convocar un concilio ecuménico de la Iglesia. En la fecha del anuncio, el 25 de enero de 1959, en la basílica de S. Pablo Extramuros, a los cardenales reunidos al terminar la semana de plegarias por la unidad de los cristianos, expresó también la intención de convocar un sínodo diocesano y de proveer sucesivamente a la reforma del Código de derecho canónico. Si bien la reacción del Colegio cardenalicio resultó fría y preocupante, a diferencia de la que prevaleció en la opinión pública, G. prosiguió su camino con determinación. Constituyó el 16 de mayo una comisión ante preparatoria compuesta de representantes de la Curia, presidida por Tardini –el secretario de Estado– con la misión de realizar una consulta a todo el episcopado católico; e introdujo, el 14 de julio, un corte en las confrontaciones con el incompleto Concilio Vaticano I, mediante la decisión que el futuro concilio se denominaría Vaticano II, desmintiendo la opinión que consideraba

superada en la cabeza de la Iglesia toda dinámica conciliar. El otra ocasión definió el proyectado concilio como un nuevo Pentecostés, remarcando el significado del acontecimiento sobrenatural y renovador apoyado en la acción misteriosa del Espíritu” (p. 650). De no menor importancia destaca más adelante Traniello: “Al margen de la preparación del concilio, pero en directa conexión con el espíritu y la finalidad que entendía imprimirle, G. desarrolló una intensa iniciativa de naturaleza ecuménica e inter-religiosa, interviniendo en muchas ocasiones en cuestiones vinculadas con el tema de la paz, uno de los argumentos dominantes de su primera encíclica *Ad Petri cathedram* del 29 de junio de 1959. Estrechó relaciones con el patriarca ortodoxo de Constantinopla, Athenagoras, y recibió la visita del primado anglicano G. F. Fisher (2 diciembre 1960). Encomendó al jesuita alemán A. Bea, apenas elevado a la púrpura y destacado exponente de la línea de renovación de la exégesis bíblica católica –expuesta en los años 1959-1962 a virulentos ataques de los ambientes tradicionalistas–, la constitución y la presidencia de un organismo enteramente nuevo, independiente de los aparatos de la Curia y encargado de las relaciones con las Iglesias y denomina-

ciones no católicas, el Secretariado para la Unidad de los cristianos. Agreguemos que finalmente fueron eliminadas las expresiones ofensivas para los Israelitas presentes en la liturgia católica de la Semana Santa y en las rúbricas del breviario y del misal” (p. 651). Cuatro páginas más adelante concluye: “murió el 3 de junio de 1963, día de Pentecostés para el calendario litúrgico de la Iglesia católica. G. fue beatificado el 3 de septiembre de 2000”. El autor también dedica más de una hoja a la bibliografía, entre cuyas fuentes –más allá de los Archivos de las diócesis de Bérgamo y Venecia y los Vaticanos– destaca los múltiples trabajos de Mons. Loris Capovilla, quien fuera su secretario y pasara su vida dedicado a recordar los méritos del Santo Padre.

Al final de la obra se agrega una útil cronología elaborada por Charles Burns y un artículo –con ilustraciones– elaborado por Ferruccio Feruzzi sobre la heráldica papal y los escudos de cada uno, a partir de Urbano IV (1261).

La actualizada bibliografía de libros y artículos que completa cada Papado – y aún la inclusión de los “anti-papas” – convierten estos volúmenes en una obra de consulta indispensable para el conocimiento de las distintas etapas de la historia de la Iglesia en particular y

de la Historia en general, aportando un invaluable material para nuevas investigaciones.

Una buena y amplia selección de láminas en colores, además de acrecentar la calidad de la obra ayuda a una mejor comprensión del texto.

Los historiadores recibimos con especial beneplácito esta obra “monumental” que ya significa un hito en el arduo camino de la investigación histórica.

FLORENCIO HUBEÑAK

---

ALESSANDRO MAGGIOLINI, *Declino e speranza del cattolicesimo*, Milano, Mondadori, 2003, 196 pp.

---

Una reseña de estas características debiera comenzar preguntándose por qué un historiador se interroga sobre un libro vinculado a “lo religioso”, y la respuesta encontrada fue que la lectura de esta obra –referida a la situación actual del catolicismo– fue realizada y considerada desde la óptica histórica.

Comencemos –como es habitual– preguntándonos pro el autor. Alessandro Maggolini es un sa-